

## DE BESOS Y ORACIONES

«Si yo quiero la vida, no es para repartirla. Ni para malgastarla. Es sólo para tener en orden los labios» (Vicente Aleixandre, *Víspera de mí*, en «Pasión de la tierra»).

«La muerte debe tomarme por otro» (Samuel Beckett, en *Malone muere*).

«Pido señales o pido indiferencia» (Vicente Aleixandre, *Libertad*, en «Espadas como labios»).

Penetrar un texto implica un acto de complicidad, o un deseo de intercambio, o una forma más de *conocimiento amoroso* (1). Es difícil establecer en estos casos —y si uno pretende recuperar la extensión del acceso, que abarca placeres, retiradas a tiempo, distancia analítica— dónde están los bordes que limitan la obra de Vicente Aleixandre (ahora) y dónde asoman los del que está escribiendo (mientras tanto). Hasta qué punto es posible sumergirse en la voz total del otro sin alterarla y entonces producir un espejo donde cada uno se refleja igual a sí mismo siempre. El camino contrario —alterarnos— tiene también dificultades: abandonar los propios tics frente al texto literario, los tics (y la esterilidad) del crítico que no supera la *superficie del cansancio* (2) porque cree que la obra es un objeto inmarcensible y se queda en ese gesto suficiente y duro que le (nos) impide *ingresar y demorarnos* (3) en la vida diaria.

«Non faciamus munditias» (4), ergo; en el texto, como si él fuera una casa donde nadie entra y sólo los dueños observan extasiados

---

(1) Eso es la poesía para Vicente Aleixandre en su trabajo «Poesía, comunicación», de 1951, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1968, p. 1583. Desde ahora citaré: *OC*.

(2) Título de un texto de «Pasión de la tierra», en *Mis poemas mejores*, 5.ª ed., Gredos, Madrid, 1978, p. 33. Desde ahora: *MPM*.

(3) «No había que hablar con ellos, sino ingresar, demorarse» es el verso completo de «A la salida del pueblo», en *Historia del corazón*, 2.ª ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1960. Desde ahora: *HC*.

(4) Frase graciosamente culta, que significa: «no hagamos la limpieza», usada en general para referirse a las tareas del hogar. Una excelente escritora argentina, Alejandra Pizarnik, usó en uno de sus poemas la paradoja implícita en el juego etimológico «mundo inmundo».

un piso reluciente, el de la sala de estar en la que están prohibidas las visitas. El aliento ajeno empaña los cristales y... Dejemos de lado la pureza, esa otra droga que nubla las señales del mundo.

¿Qué pasaría si pretendiera hablar con la voz de Aleixandre o desde su propia perspectiva? Podría extremar el rigor, elaborar pequeñas leyes generales, glosarlo a más no poder, poner punto final, evitar contradicciones, ordenar el ensayo, escuchar música, volver a la carga, provocar sistemáticamente y en definitiva el tedio. Prefiero —y hago, de paso, votos de modestia— aburrir con imprecisiones pasajeras, aunque se cuelen resabios de oficio y amor propio. Como un viajero que se aventura: entrecruzando mi propio monólogo con el de Aleixandre y, en esa deliciosa y nada sedante mezcla de lo literario y los gritos del mundo exterior, producir el contacto con algún lector anónimo (aunque se trate, repito, del puro aburrimiento). Creo, en definitiva, que *la mayoría de los diálogos no lo son aparentemente, sino monólogos entrecruzados, y el diálogo se verifica en el seno del lector* (5).

Si muchas veces *nos ahogamos de redundancias* (6) descubrimos también que en varios actos de nuestra vida cotidiana fabricamos oficios litúrgicos en los que hay goces, discordias, deseos. Y el deseo se manifiesta (o se conjura) rezando por lo bajo. Rezamos las oraciones y los tiros (o ritos) del amor, rezamos cuando la poesía endiosa el cuerpo, la vida o la ficción de estar vivos, cuando somos grandilocuentes y seguimos haciendo discursos al peor estilo de los dictadores y demás autistas de profesión, cuando queremos dejar de serlo. Rezamos, después del poderoso alcohol, cuando meamos en los bares, recordando países donde llueven órdenes y balas. Y nos sangran las encías de no poder, o de perder las esperanzas, aunque haya *una asfixia que me sale a la boca* (7).

... *el rezar no es un vicio* (8).

Probablemente, las oraciones mejor dichas sean las que construimos y repetimos al rezar en silencio. Pero ocurre que estamos plagados de un uso indiscriminado del silencio: los dictadores disparan si-

---

(5) Fragmento de la presentación que hace Aleixandre a sus «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 337.

(6) Del poema en prosa *Reconocimiento*, libro «Pasión de la tierra», en *MPM*, p. 36. El verbo latino «redundo» significa «desbordar, desbordarse, estar lleno o inundado de; ser exuberante, rebosar, desparramarse», y de ahí, por extensión, «exceder, sobrar». La frase misma de Aleixandre no deja de ser una feliz redundancia y, como comprobaremos más adelante principio de un manifiesto erótico y estético, niveles éstos que son indivisibles.

(7) *El amor no es relieve*, de «Pasión de la tierra», en *MPM*, p. 46.

(8) *Reconocimiento*, de «ídem ant.», p. 37.

lencio, los cómplices hacen silencio, los maestros con buen tino ordenan silencio entre nubes de tiza, en ciertos bares quedan todavía carteles que prohíben cantar, después de las bombas, los estallidos nucleares, las batallas y las carnicerías, el silencio. Y además silencio hospital, silencio escuela, silencio de entrecasa, frente al propio corazón, silencio alcohólico, silencio porque hay mucho que decir y en boca cerrada no entran moscas, silencio de jugar sólo al escondite, porque (Nietzsche *dixit*) «hablar mucho de sí mismo puede ser también un medio de ocultarse».

Sin embargo, nos consume la costumbre milenaria de querer llamar a las cosas por su nombre, porque *el hombre suena. Pero mudo, muevo* (9). Registro la transposición que Aleixandre realiza en este texto: de la tercera persona que generaliza (el hombre) a la primera que singulariza. Descubro ahora o invento (qué más da) posibles paronomasias: el término «mudo», que aquí califica al yo, y en otro caso sirve para designar el mundo, es también la primera persona del presente de indicativo del verbo «mudar». Su femenino, «muda», es la tercera, como en *y el alba nace, y muda* (10). Tanto o más sugestivo es el ambiguo significado de «dura» como adjetivo y como flexión del verbo «durar»: *La tarde es bella, y dura* (11).

Silencio, mutismo; tiempo, mutación. En el origen del mundo se entrecruzan la ausencia de voz y el estallido. Aleixandre nos pide, igual que *un niño, silencio con un dedo en los labios* (12) porque crecer es transitar —mudarse— mudamente, y ese camino no se exterioriza: circula (historia del corazón) por cada una de nuestras fibras, vagabundea adentro. En el mundo, cuando silenciosamente nos fundimos en cuerpos ajenos —en el ser humano como un cuerpo—, penetramos en la tierra, en el *poblado*. Asimismo la luz, que se va haciendo, es *completa, / pues luz poblada* (13).

Palingenesis: cuenta Pero Grullo que la vida es muerte y renacimiento constantes, que nunca acabamos de nacer (o de morir), que detrás de la acción erótica está la muerte feliz y sin guadaña, que vivir es derramarse, *sentirse, serse* (14). Pero esto último ya no lo dice Pero Grullo, y menos que estemos signados por el agua. Vuelve la

---

(9) *Sonido de la guerra*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 342.

(10) «Idem ant.», p. 343.

(11) *Los amantes viejos*, de «ídem ant.», p. 344. Cf.: dualidad sustantivo-verbo en: *lucis sólo* (*El espejo*, «Poemas varios», *MPM*, p. 382); derivación en *toco leve tu mano, leve toque* («Mano entregada», *HC*, p. 13).

(12) «El niño y el hombre», en *HC*, p. 93.

(13) *Los jóvenes*, de «Poemas de la consumación», en *MPM*, p. 320.

(14) «A ti, mi compañía, mi sola seguridad, mi reposo instantáneo, mi reconocimiento expreso donde yo me siento y me soy», de «Entre dos oscuridades, un relámpago», en *HC*, p. 185.

redundancia y la aproximación etimológica: abundar, inundar, redundar, son en realidad compuestos del verbo latino «undo» (levantar olas, «undas», agitarse). Las olas, el flujo y reflujo de las mareas (la luna vigilante, ya veremos) muestran una imagen siempre móvil, estallido y silencio, del rostro de la vida humana, *las olas van callando. / Suena la espuma igual, sólo a silencio* (15).

Somos materia acuosa, o líquida en general, *todos los aceites del mundo, los oleosos minerales como una sangre circulan y se asoman y espiran, y respiran, y callan* (16), porque la respiración participa también de la humedad:

Gloria a nuestras *humedades bajas* (17),

Gloria a la lágrima que no se contenta *con esa dolorosa saliva que resbala y que me está quemando mis manos con su historia, con su brillo de cara reinventada para morir en el arroyo que ignoro entre las ingles* (18),

y el aliento que inventa o comunica a todos es aire  
—suma de todos los alientos humanos, animales—,

los vapores que emanan del cuerpo, sudores, lágrimas, escupitajos, la saliva que se derrama cuando hablamos y que cae a la tierra, regándola, evaporándose, retornando a la boca que chupa, absorbe, come, devora, la boca que está en el centro, voraz absorbe todo, todo expulsa generosa, la boca y sus labios —su marco denso, carnoso—, besando, abriendo el mundo, transmitiendo el aliento, salpicando.

*Boca que besa sola toda entera la vida,  
boca que guarda solo ese músculo puro  
que hace el son que no vemos.  
Boca que de repente como un fruto se abre,  
roja o madura, pulpa para unos labios ávidos.  
Boca donde el silencio un día, final, abre su pausa,  
y la boca se cierra* (19).

Gloria. El beso y el aliento tienen que ver con el alma y ésta no es más que una afirmación redundante, porque el aliento es el alma y entonces es como si dijéramos: el beso y el alma tienen que ver con el alma (falta de rigor, como hay pocas). La creencia griega en el alma que se transmitía por la boca —el ósculo final en los labios del moribundo para retener el último aliento—, la respiración artificial que

---

(15) *Si alguien me hubiera dicho*, de «Poemas de la consumación», en *MPM*, p. 322.

(16) *Idea del árbol*, de «En un vasto dominio», en *OC*, p. 930.

(17) *Salón*, de «Espadas como labios», en *MPM*, p. 69.

(18) *Hacia el amor sin destino*, de «Pasión de la tierra», en *OC*, p. 222.

(19) *La cabeza*, de «En un vasto dominio», en *OC*, p. 818.